

## III.

La tierra gira en lo vacío, inflamada por el éther. Un fluido gaseoso le envuelve, semejante al reflejo de un volcan. Su masa parece una nube de humo perdida en lo infinito. En esa atmósfera de fuego que la rodea, vagan en vapores ténues las aguas. El granito hierve en su centro, y la envuelve en un manto de lava. Inmensas cataratas de fuego corren, se despeñan por sus costados, heridos con el trabajo inmenso de la elaboración de las sustancias. Las aguas se precipitan, caen de la atmósfera, y al caer sobre la materia incandescente, levantan una nube de oro, de electricidad, á los cielos. Las líquidas entrañas de la tierra se dispersan por toda la superficie y la cubren, y al enfriarse gimen como si lloraran al pasar de uno á otro estado de la vida. Los vientos, que se lanzan de todos lados en revuelto y confu-

so torbellino, llenos de lavas, de materias encendidas, de aguas á medio condensar, de vapores, de sustancias gaseosas, de humo, parece como que quieren hacer zozobrar á la tierra en el primer instante de su vida. El hervidero de los mil volcanes que gimen; las montañas que salen á la superficie en inmensas moles de materia líquida que se enfria y se petrifica; las grandes cataratas que se desploman; la ardiente lava que corre por todas partes; las ondas de fuego que se entrecho-can; los gases varios que llevan en sus alas oscuras la esencia de los futuros séres; la electricidad que se exhala de esta lucha inmensa, y truenan en los espacios; la atmósfera que va envolviendo el globo, y que lo cubre con un velo; toda esta inmensa revolucion de la materia primera es el vagido de un mundo que se forma y que se conmueve profundamente en esta primera elaboración de su vida.

## EL ETERNO.

En ese globo voy á colocar al hombre. Su figura esférica es la más hermosa de las líneas que engendra naturaleza; un fuego interno irradiará dulce calor por todos sus átomos; corrientes magnéticas le cruzarán, para dar más fuerza y más

impulso á su vida ; auroras sonrosadas reflejarán sus colores en los eternos cristales de sus polos, y le ceñirán una diadema boreal; grandes sacudimientos correrán por todos sus costados, para tener en perpétuo trabajo sus prolíficas entrañas; inmensos mares le envolverán con un manto celeste recamado de plata; fuentes cristalinas surgirán de sus montes , y corriendo siempre , en su movimiento y en sus aguas llevarán la fecundidad; rocas inmensas se levantarán como columnas que corten y varíen sus climas; hermosos árboles penderán de esas rocas y se extenderán por sus valles, cargados de frutos y de flores; séres organizados vivirán en sus aguas, en sus árboles, en sus montañas , devorando y produciendo vida ; la atmósfera, cargada de electricidad y de vapores, será un inmenso laboratorio; y mientras en ciertas regiones se extenderán nieves eternas más lucientes que las corazas de mis ángeles , en otras hervirán volcanes, alzando sus trombas de fuego á lo vacío, y allá en sus últimos límites retumbará el trueno como la voz de la tierra, que llamará á su Creador en sus grandes perturbaciones y dolores.

## EL OCÉANO.

Estoy solo, Dios mio; do quier revuelvo mis turbulentas olas, me encuentro solo; y ruedo sobre la tierra , que es mi eterno lecho. Yo quisiera subir hasta tí, hasta tu trono. Te llamo con la voz de mis huracanes, y no me respondes. Me lanzo á buscarte con el impulso de mis corrientes, y no te encuentro. Mando mis vapores á las alturas, y no llegan hasta tu gloria , y vuelven á caer como una lágrima sobre mi inmenso seno, siempre agitado y turbulento. Dime si en esa creacion que has extendido, hay algo más hermoso que el mar, que sus corrientes, sus ondas plateadas, sus coronas de espuma, sus cintas de algas, sus estelas fosforescentes , sus animales embrionarios que brillan en las gotas de agua como las estrellas en tu cielo. Dime si has hecho algo más hermoso que esta inmensa celeste llanura, envuelta , confundida en amoroso éxtasis con los aires que la besan eternamente. Dime si en los inmensos espacios tendrás un espejo que pueda reflejar mejor todo el brillo de tu diadema de mundos, de tus sandalias de soles , de tu manto de luz. Dime si habrá en algun astro más movimiento que en mis eternas alteradas ondas, más vege-

tacion que en mis bosques de corales , más luz que en mi inflamable fósforo , más vida que en mis infinitas criaturas, más belleza que en mi ligera ondulacion rizada por el áura, más amor que en mi seno anhelante de subir hasta tí á besar el polvo de tus plantas. Aquí, aquí solo, me extiendo , y me extiendo , y me dilato, y me pierdo, y nunca , nunca encuentro un límite. Tengo miedo de mí mismo, de mi soledad, de mi grandeza. Súbeme, y seré perla de tu corona, urna de cristal donde guardes los gérmenes de la vida, alfombra de tus plantas; y si esto es mucho, pequeña gota de rocío suspendida en la última hoja del árbol de tu gloria, como una lágrima de la eterna aurora.

EL ETERNO.

A pesar de tu inmensidad, no puedes conocerme, no; eres ciego, y no puedes llegar á conocer á tu Creador. Ni la inteligencia ni el instinto habitan en tu seno. Levantaos, levantaos, materias de la tierra; levantaos al eco de mi palabra.

LOS VOLCANES.

Nosotros somos la columna de fuego que ilumina los mares. Nuestro rojo penacho se refleja

en las aguas, y las enciende con su color de púrpura. La tierra respira por nosotros y envía á los espacios celestes sus candentes y enrojecidas nubes de fuego , que son como el calor de su vida. Nuestro fuego, nuestra lava se levanta de los cenicientos cráteres, y sube , y sube , y no llega al cielo. Enviamos á las alturas cenizas, piedras abrasadas, llamas , como una oracion de nuestro pecho , para que llegue hasta el trono de Dios ; y cuando creemos que han cruzado los vientos, que han ido hasta tocar lo infinito y besar la sombra no más de la orla del manto del Eterno , vuelven á caer heladas y deshechas. Señor, óyenos, ó pondremos piedra sobre piedra, montaña sobre montaña , para conseguir que descansen un instante la planta de tu pié sobre nuestro cráter. Te llamamos con el hervidero de nuestras fraguas. Óyenos.

EL ETERNO.

Ese fuego se apaga con un soplo. Yo quiero que alumbre la naturaleza una luz más perenne y más viva. Levantaos, materias de la tierra, levantaos.

## LOS MINERALES.

Aquí inmóviles y fríos esperamos tu visita, Señor. Pon el pié sobre nuestras piedras, y no se derrumbará la tierra al peso de tu grandeza. Aunque parecemos sin vida, aún sentimos una centella de fuego encerrada en nuestras moléculas, y corrientes de electricidad por nuestras venas. Estamos aquí en ún trabajo lento, forjando el hierro para los soldados del Señor; el hierro que abrirá un dia las entrañas de la tierra para tornarla fecunda. En tus manos, Señor, en tus manos, seríamos aún más poderosos. El aire corre, el agua se evapora, la electricidad huye, la luz centellea y se eclipsa y sufre desmayos; pero nosotros debemos ser los predilectos del Supremo Artista, porque inmóviles, perennes, pasivos, recibiendo las moléculas que vienen á nuestra superficie, la electricidad que sacude sus rayos en nuestras espaldas, el agua que se posa en nuestras concavidades, permanecemos siempre fijos, dispuestos á ser las piedras de tu trono, frias, inertes, pero bastante poderosas para resistir los embates de los huracanes y el continuo oleaje de los siglos.

## EL ETERNO.

Yo levantaré un pedestal más firme donde poner la planta de mis piés. Levantaos, criaturas de la tierra, levantaos.

## LAS PLANTAS.

Nos alzamos sacudiendo nuestras copas, y enviando al cielo nuestros aromas. La sávia que palpita en nuestro seno, es el acrecentamiento de la vida de la naturaleza. Hemos nacido del amor de la tierra con las aguas. Nuestras hojas descomponen el aire y lo purifican, y van alejando esta atmósfera brumosa, sofocante, que envuelve al globo. No hemos venido á romper la cadena de la vida, sino á continuarla con nuevos eslabones para unirla al cielo. Nuestros varios troncos son la dulce aspiracion de la tierra á una forma mucho más hermosa. Recogemos la luz, y sacamos de su éther los más brillantes matices, y los reverberamos en los espacios con las verdes hojas y las gayas flores, dulces ilusiones de nuestro amor, ensueños de nuestra vida. Crecemos, crecemos, porque tambien nos sentimos encendidas por una centella de amor para nuestro Creador. En la corona de nuestras palmeras que flota allá en la re-

gion de las tempestades, en las copas de nuestros cedros, en nuestras gigantes ramas, pueden posarse los ángeles á descansar, cuando andan repartiendo en sus copas de oro la vida entre los mundos. La nube que pasa cargada de electricidad roza con las orlas de fuego de su manto nuestras copas, y la vemos perderse en lo infinito en pós de nuestro Dios, y le confiamos un murmullo, una muda plegaria, porque oramos como todas las criaturas. Cuando nos sentimos impulsadas por la sávia que corre por nuestra corteza, enviamos en la expansion de toda nuestra exuberante vida al cielo aromas, esencia de nuestro sér vaporosa y ethérea como un pensamiento de los ángeles. Nosotras seremos, Señor, tus predilectas, y tenderemos en los espacios un gran lecho de flores perfumado por nuestro aliento, para que descansa nuestro Creador dulcemente, despues de haber concluido su maravillosa obra.

#### EL ETERNO.

Yo haré otro santuario más hermoso, más grande, más digno de mí que vuestras débiles ramas y vuestras fugaces flores que duran un dia.

#### LOS INSECTOS.

Hemos nacido del amor de las plantas con los aires. En cada hoja de los árboles, ¡oh eterno Dios! hay tantos de nosotros como en tus cielos hay mundos. Lo infinitamente grande, los globos incandescentes, el hervidero de los soles no es tan digno de tus miradas como este polvo de séres animados que te llama al despertarse en los últimos límites de la vida, en las últimas esferas del sér. Hemos roto nuestra larva como la flor rompe su capullo, y queremos volar hasta tí. Como tú eres lo infinito en la unidad, nosotros somos lo infinito en lo divisible. Avivanos con un aliento de tus lábios, y festonearemos de orlas luminosas en la callada noche las largas ondas de tus mares; y cubriremos con los átomos caidos de nuestros leves cuerpos de polvo de oro la tierra; y descompondremos en nuestras alas un rayo de tu sol, dándole los matices del zafiro y de la esmeralda, y el azul de los cielos; y llevaremos en nuestro eterno zumbido una voz melancólica, una música triste á tus campos; y haremos con las hebras de seda sacadas de nuestras vestiduras cuerdas para la lira de tus ángeles; y llevaremos en la punta de nuestros agujijones á tus

lábios la miel más dulce y más regalada de las plantas; y tejeremos con nuestras luciérnagas guirnaldas de luces para tu templo, más hermosas aún que las guirnaldas de estrellas; y teñiremos con nuestra púrpura un manto para tus hombros, más encendido que el rojizo fuego de tus volcanes; y embriagados de amor te enviaremos una oracion, cuando al abrir su corola dulcemente la flor, nos regale con sus aromas la gota de rocío guardada en su cáliz como una lágrima del Creador, que ama, así á los planetas que giran en los espacios infinitos, como al leve aligero insecto que nace en el último átomo del polvo de la tierra. Señor, ¿dónde encontrarás más vida?

EL ETERNO.

En mi criatura predilecta. Levantaos, levantaos, seres de la tierra. Levantos, porque quiero ver crecer mi obra.

EL REPTIL.

Yo me arrastro por los troncos de los árboles, recogiendo su sávia. Yo soy como una planta que vive del jugo de las plantas. Yo me poso en las hojas de los árboles, me agarro á ellas, y el viento se goza en mecirme como si fuera mis propias

alas. No puedo subir más. Si pudiera, me deslizaria hasta en los cielos y me agarraria á las estrellas. Porque tambien, tambien hay en mí un instinto de agradecimiento á mi Creador. Veo que las hojas se pliegan bajo mi cuerpo, y que el árbol gime como si temiera que yo le hiriese. ¿No es verdad, Señor, que yo no soy una escrescencia en la tierra? ¿No es verdad que no he venido yo á manchar y afean tu obra? ¿No es verdad que el árbol que quiere maldecirme ingrato, me necesita? ¿No es verdad que la vida no se pierde, sino que se dilata por todos los seres, y que yo acaso no sea más que una trasformacion de la sávia de los árboles, como esos insectos, esas mariposas, son hojas animadas de las flores? Dejadme gozar del placer de vivir. Me bañaré en los torrentes, y me secaré en las plantas. Me esconderé en el seno de la gruta, y me levantaré por las montañas. Me sumergiré en estas nubes de aroma que exhalan los bosques, y me abrevaré en las gotas de rocío que destilan los árboles. Y esta vida que late en todo el Universo, recibirá tambien mi muda plegaria para llevarla hasta el que me ha dado el placer de vivir.

## EL ETERNO.

Aún crecerá esa vida, aún. Creced, criaturas, creced.

## EL PEZ.

Yo me pierdo en las profundidades inmensas de los mares. Aquí hormigean millones de seres en cada gota de agua; aquí se extienden bosques inmensos donde anida el embrión de nuevas vidas; aquí levantan las corrientes, que se entrecocan, solemnes ruidos; aquí el fósforo, que produce mi cola al girar sobre las aguas, alumbrá los abismos de un color resplandeciente, como un cielo fugaz que se dibuja un instante en nuestros viscosos ojos. Las olas, al rodar, llevan luz, y parece como que ensayan un germen de mundos en sus centelleantes y pálidas estelas. Yo vuelo en las aguas, me regocijo de verme tan pronto reproducido y acompañado, me pierdo en las cavernas á devorar el sabroso pasto que me ofrecen las esponjosas plantas, me espacio en la líquida inmensidad; pero si pudiera, volaría en pos de otro mundo á preguntar por mi Creador y subir hasta el océano de la verdadera vida.

## EL ETERNO.

¡La misma aspiracion en toda la vida! Otro sér subirá hasta mí.

## EL ELEFANTE.

Tus volcanes y tus montes, Señor, no pueden ofrecerte el apoyo de mi gran espalda, dura como las piedras. Bajo mis pesadas plantas se pulverizan los minerales y se desgajan los montes. Yo puedo llevar sobre mis hombros un ara, un templo, y ponerlo con mi trompa en el lugar que tú mandes. En ese mar no hay vida, en esas piedras no hay movimiento. Compadecido yo de su inercia, las arrojé á las alturas para ver si sacuden su pesado sueño. ¿Qué hago yo aquí? ¿Qué hago en este mundo tan grande? En la callada noche, en el fondo más oscuro de las cavernas me entrego con mi compañera á mis amores, porque siento un deseo vivísimo de reproducirme, para que algún dia puedas trasladar tus mundos de un punto á otro del espacio en las espaldas de mis hijos. Señor, Señor, ¿para qué nos has hecho tan grandes, si no vienes á sentarte en nuestros lomos? ¿Para qué tan fuertes, si no hemos de sostener siquiera un instante el peso de la grandeza de un

Dios? Nosotros estamos apercebidos para el viaje que nos señales. Doblaremos nuestras pesadas rodillas y te recibiremos trémulos de alegría. Si no, mándanos uno de tus ángeles para que juegue sobre nuestras espaldas. Nosotros le enseñaremos, le enseñaremos el camello que pasa, el caballo que corre, el rinoceronte que nos sigue; recogeremos para rociar su frente agua de lo arroyos cuando tenga calor, y le tejaremos una corona de estas flores que se abren al beso del aire en las copas entrelazadas de los vírgenes bosques.

EL ETERNO.

Aún habrá en algunas de mis criaturas más fuerza.

EL LEON.

Yo soy, sí, yo soy el hijo predilecto de la tierra, soy el engendro de su fuego, y llevo en mi vida su calor. Respirando con libertad, corriendo por los desiertos á mi antojo, clavando mis garras en las encendidas arenas, exhalo de mis inflamadas narices un huracan abrasador; domino con mi majestad, con mi impotente apostura, todos los animales; sacudo mis guedejas como el sol sus rayos; llevo sobre mis espaldas vna coro-

na de oro cuando rollo mi flexible cola; agito con mi ancha lengua, al lamer las aguas, los tranquilos lagos; compito en mis rugidos, contestados por la soledad de los bosques, con el ronco sonar del trueno: y en la callada noche, cuando me tien-do en las cavernas, mis ojos lucen y destellan reflejos sangrientos entre mis espesas cejas, como las estrellas que brillan en los cielos tropicales entre las rojizas nubes de las tempestades. No, no puede haber otro dueño de la tierra. Señor, yo te lameré los piés, yo guardaré las puertas de tu gloria, yo velaré á la entrada de tu santuario, para que no interrumpa ningún sér tu meditacion divina; pero ya que brillo como el sol, ya que soy superior á todos los animales, ya que llevo en mi vida el calor de los desiertos, y alumbro en mis ojos las noches de los bosques, y corro por dó quier sin encontrar un enemigo que contraste mi fuerza, hazme rey de la tierra.

EL ETERNO.

No, no; tú no serás dueño de la tierra.

EL ÁGUILA.

¿Quién me quiere disputar el dominio de la tierra? Aunque me cueste un esfuerzo levantarme

de las rocas, pronto me señoreo de los vientos. ¡Qué hermosa entonces aparezco yo con mi azulado pico, mis negras garras, mis blancas alas, mis dorados ojos! Subo, y subo, y me pierdo en las alturas, y me acerco á Dios. Tendiéndome en la inmensidad, me dejo mecer dulcemente por los huracanes, que me saludan con sus ahullidos y se gozan en rizar mis plumas. Cuando estoy en la soledad de los vientos, mirando de hito en hito al sol, los bosques me parecen una hoja seca; los mares, una pobre gota de agua en que viven contentos mil esclavos séres; las montañas, polvo que he levantado al primer impulso de mi vuelo. ¿Qué sois vosotros, séres de la tierra, comparados conmigo? Mar, que te crees infinito y tienes un límite de arena; bosques inmensos, que ofrecéis vuestros aromas á los cielos y estais pegados á la tierra; fuerte leon, que te ensoberbeces imaginándote dueño del mundo, porque arrastras tus guedijas por la jaula de un desierto; volcanes, que os alzais orgullosos disipando un fuego que, apenas resplandece, ya es ceniza; decidme, decidme si os podeis alzar de esa prision, mientras yo vuelo por el firmamento á mi antojo, más libre que los mundos. Desde aqui, desde este inmenso lecho, todo me parece pequeño. Mar, que gimes cuando

el viento te azota; volcan, que tiembblas cuando hierven tus gases; árbol, que te desgajas cuando te toca el rayo; leon, que te ocultas cuando el simoun levanta las arenas; envidiadme á mí, que juego con los vientos, que tengo por lecho el huracan, que rasgando el velo de las nubes, me levanto sobre sus sombras á mirar el sol, que llevo el rayo en mis garras, y desprecio el rugir de la tempestad que hierve bajo mis alas, como si fuera el agudo grito de mísera corneja. Señor, Señor, bendiceme, bendiceme, y llevaré en mis alas á tus piés las nubes, y bordaré con las chispas de los rayos las orlas de tu manto, y subiré en mis garras los séres de la tierra para sacrificarlos en tus aras; porque tú me has dado este aliento, este grito audaz que hiere las estrellas, estas resistentes alas, este impetuoso vuelo, para que me agite entre los mundos y domine la tierra. ¿Quién volará más que yo?

EL ETERNO.

Sí, sí; otro sér volará más que tú, estará más cerca de Dios.

EL RUISEÑOR.

En la callada noche, cuando la luna melancó

33208

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1525 MONTERREY, N.

lica quiebra su luz en las cascadas y se retrata en la linfa de los arroyos; cuando el árbol cargado de flores sacude su copa al beso del áura llena de perfumes; cuando espiran uno tras otro los ruidos del día, perdiéndose en los valles y en los montes; cuando el misterio de las sombras cubre los campos, cuyas yerbas se rizan y ondulan suavemente; en la rama de un arbusto, escondido entre el follaje, que gime al recibir las gotas de rocío, yo, desterrado del cielo, mirando á mi compañera, que extiende las alas sobre su nido embebecida y estática, entono un cántico que comienza por un quejido, y crece en ondulaciones de armonía, en gorgeos y arpegios delirantes, en largas cadencias, notas indecisas de mis dulcísímos amores, que enseñan á orar y á cantar á su Dios á todas las criaturas. ¿Por qué has puesto, Señor, este órgano en tus bosques? ¿Por qué has dado esta voz tan melodiosa á la naturaleza? Yo canto tan tristemente, porque quiero volar á tu cielo. Déjame que en vez de recoger las doradas pajas del campo para fabricar mi nido, recoja rayos de luz; y en vez de la blanca lana que dejan los corderos en el tronco de los arbustos, recoja los vellones de tus nubes; y en vez de estas hojas secas recoja algunas de tus doradas estrellas. Entonces

se apagaría la tristeza que hoy me consume y me hace gemir, y un cántico de triunfo se exhalaría de mi arpada garganta. Levántame hasta tí, y endulzaré con mis arpegios tu gloria, y cantaré en tu trono, y enseñaré á mis hijuelos, desde que salgan del nido, á gorgear tu nombre. Esta arpada garganta, que produce tan dulces cantares, ¿no ha de caer sobre un corazón que la agradezca y la ame? El arroyo corre y no se detiene á escucharme; la hoja del árbol se cae y no oye mis lamentos; el aire pasa y se lleva ¡ingrato! mis cánticos, y no los mece dulcemente sobre todos los seres. ¿Para qué quiero cantar? Óyeme. Dí si has escuchado alguna voz más dulce, algún cántico más solemne y más triste, algún gorgeo que más se parezca á la mística oración de los ángeles. Yo canto porque te llamo; canto porque quiero subir á tu gloria; canto para que me escuches en medio de la armonía de tus mundos; canto porque soy el profeta del espíritu, el que viene á anunciar á la tierra la última transformación de su vida; canto para que cuelgues mi nido del árbol de la eternidad cuando se caigan las estrellas como las hojas secas de un árbol.

## EL ETERNO.

El cántico del ruiseñor es el presentimiento que tiene la naturaleza de que va á nacer la más perfecta de las criaturas terrestres.

## CORO DE ÁNGELES.

Señor : hemos visto la tierra , y aún estamos suspensos y admirados. Los mares ruedan reverberando la luz de los cielos , y entonando en sus olas una inmensa plegaria ; los minerales se forjan en los antes líquidos lechos de fuego ; los volcanes lucen como antorchas encendidas para iluminar tu carrera por los espacios ; las grandes cataratas elevan al cielo sus blanquecinos vapores , que descomponen la luz de los astros ; los árboles despliegan sus anchas copas sacudidas por el viento ; las flores exhalan sus aromas y brillan con todos los matices del iris ; los insectos vuelan , formando nubes de oro con sus alas matizadas y resplandecientes ; los reptiles arrastran sus verdosas colas por las plantas de anchas hojas , y levantan sus purpurinos áspides entre la fresca yerba ; los grandes cuadrúpedos corren , saltan por montes y por valles , poseídos de la alegría de vivir ; las aves abandonan sus nidos , y exten-

diendo sus alas se lanzan cantando á los cielos como un coro infinito de mil varias armonías ; y el aroma de una vida exuberante sube , sube hasta perfumar con su esencia tus cielos. ¿Para quién, Señor, para quién es tanta vida?

## EL ETERNO.

Para la última de mis criaturas : para el hombre.